





POESÍAS  
**ESCOGIDAS**

-DE-

**Juan Dieguez,**

(GUATEMALTECO.)

Publicación de "La Prensa."



**GUATEMALA:**

**1885.**

referred to as the "old"  
original copies of the  
elementary - the only way.

---

## JUAN DIEGUEZ.

Hay nombres que no pueden pronunciarse sin sentirse uno profundamente conmovido por los recuerdos que traen consigo á la memoria. En la literatura, lo mismo que en la religión y en la política, sucede muchas veces que esos nombres vienen á ser para las jeneraciones subsiguientes,—y aun para las contemporáneas,—la encarnación de las ideas y de los sentimientos de los individuos que les han llevado. ¿Quién hay, por ejemplo, que no sienta palpitar su corazón de amor y ternura al dejar escapar de entre sus labios el muy dulce de Mr. Lamartine? Quién no le siente latir sensiblemente impresionado á la grata cuanto triste remembranza de los Caro, Arboleda, Mármol y Lozano?

Otro tanto sucede entre nosotros con los **Dieguez**, con esos desgraciados hermanos, hermanos por la naturaleza y por el arte, con esos inspirados poetas del sentimiento, con esos felices intérpretes del canto de las aves, del murmullo de las fuentes, de los

rayos de la luz que en cada uno de sus divinos cantares nos revelan

“Que el poeta en su misión  
Sobre la tierra que habita  
Es una planta maldita  
Con frutos de bendición.”

Nos ocupamos ahora de **Juan**, el mayor de ellos, que nació en Guatemala el 23 de Noviembre de 1813.

Desde muy joven dió muestras de un talento y aplicación nada comunes. Hizo sus estudios en el Colegio Seminario y luego en la Universidad de San Carlos, coronando su carrera con el honroso título de Abogado.

Nosotros no hablamos aquí del ilustrado jurisconsulto: poco es el espacio de que podemos disponer para ocuparnos del poeta.

Hombre de ideas elevadas y de un corazón noble y jeneroso, **Juan Dieguez**, como toda la brillante juventud de aquella época, pertenecía al partido liberal oprimido posteriormente por la mano de hierro del General Carrera. Así fué que durante la administración de los veinticinco años, fué perseguido con encarnizamiento por el Gobierno vitalicio: preso en uno de los hediondos calabozos del fuerte de San José en la Capital de la República; y estrañado luego del país. Su alma se templó en la desgracia.

Escaso de recursos pecuniarios, proscrito y tenien-

do que sostener sobre sus hombros el peso de una numerosa familia, **Dieguez** padeció cuanto puede padecer un hombre á quien todo falta, menos la grandeza de espíritu que á todo se sobrepone. Por eso vereis en sus poesías que aquella alma que había apurado tantas amarguras, que aquel corazón á quien tan rudamente había azotado el infortunio, lo sufría todo con la mas cristiana conformidad, con la mas digna resignación.

Con las poesias del distinguido bardo de que venimos hablando puede formarse un grueso y precioso volúmen para honra de la literatura americana. Todas ellas son correctas, inspiradas, verdaderamente clásicas. En los versos de Dieguez no hay estudio, todo es natural, todo emanado de lo íntimo del alma. Se habia empapado mucho en las doctrinas y estilo de Virgilio, que era su lectura favorita. Cuando nosotros tuvimos la dicha de tratarlo leia con pasión las orientales de Victor Hugo, de que tradujo felizmente algunas cuantas.

Después de la muerte del General Carrera, Dieguez regresó á su pais natal, y aunque la administración de los veinticinco años se prolongó á los treinta con el Gobierno del señor Cerna, tuvo la suerte de no ser ya perseguido. Pero aquel hombre extraordinario por su talento y vasta ilustración no debia pisar los umbrales de la felicidad, en cuanto ésta es posible en la tierra. Apenas fué nombrado Juez de

1. º Instancia y Catedrático de Derecho Teórico Práctico en Guatemala, empleos que desempeñó á satisfacción de todos en el corto tiempo que estuvieron á su cargo: cuando ya una esperanza le sonreía en el porvenir de su agitada existencia; una violenta enfermedad le llevó al sepulcro el 28 de Junio de 1865, sin otro pesar que dejar á sus pequeños hijos y afligida viuda en la miseria.

Por lo demás él podía esclamar con Lamartine:

Qu'est-ce donc que mourir? Briser ce nœud infâme,  
Cet adultère hymen de la terre avec l'âme,  
D'un vil poids, á la tombe, enfin se décharger.

(“Galería Poética Centro-Americana,” por don Ramón Uriarte.)



---

## LA GARZA.

¡Oh tú de la onda inmaculado lirio,  
Melancólica reina del estanque,  
Tan silenciosa, tan inmoble y límpida,  
Cual si te hubiesen cincelado en jaspes:

El destino á tus playas solitarias  
Condújome tal vez porque te cante,  
Y mústio como tú, cual tú infelice,  
Yo de cantarte hé mísero vate:

Ora te mire en la serena orilla,  
De mansedumbre y de dolor imágen,  
Plegado al pecho el serpentino cuello,  
Y el pico entre los límpidos cristales:

Ora remando en compasado vuelo,  
Cual blanca navecilla de los aires,  
Al Céfiro agitando con tus alas,  
Como á la onda los remos de la nave:

Ora en las ramas del ciprés oscuro,  
A la Hada entre las sombras semejante,  
Vengas á oír en soledad sombría  
Los últimos murmullos de la tarde.

Sí: yo te canto, límpida garzota,  
Espléndida azucena de las aves,  
Mas bella que la espuma del torrente,  
Que del peñasco borbollando cae;

Rival de la paloma sin mancilla,  
Mas pura que la nieve deslumbrante,  
Emula silenciosa de los cisnes,  
¡Salve garza gentil, mil veces salve!

Avara y caprichosa la Armonía  
Te cerró sus nectáreos manantiales,  
Que sacian á sus tiernos ruiseñores  
Y cisnes canos de argentinas fauces;

Mas te infundió naturaleza artista  
En tu propia mudez bello lenguaje;  
De dolor te formó viviente estatua,  
Como á esculpir la no alcanzára el arte:

El dolor te inspiró mas dulce y manso  
Tu elegiaca espresión tan penetrante,  
Tu actitud modeló *Melancolía*,  
*Inocencia* te dió tu albo ropage.

¿Qué haces allí, oh nítida azucena,  
Como sembrada en la anchurosa márjen?  
¿Nuevo Narciso en el cristal contemplas  
Por ventura el labor de tu plumaje?

¿O en dolorosa soledad y duelo  
Haces tal vez de tu perdido amante,  
O de la tierna devorada prole  
Que en el robado nido ya no hallaste?

¿Comprendes tú mis vivas simpatías,  
Cuando enhiestas el cuello por mirarme?  
Comprendiste mis votos y mis ansias,  
Viéndote ayer en tan terrible trance?

Asesino traidor de sutil planta,  
Oculto se te acerca entre los sauces....  
¡Ay de tí.... Ya te apunta.... Ya la muerte  
Miro en tu pecho cándido cebarse!

Brilla entre el humo pálida la llama,  
Las ondas salpicando, el plomo cae,  
Vuelas tú, yo respiro y el estruendo  
Aun se prolonga por el ancho valle.

La muerte apenas con sus alas roza  
Tus blancas plumas que en el aura espasean,  
Que un breve instante en el espacio giran,  
Y van cayendo y en el agua yacen.

Oyera el cielo con piedad mis votos,  
Oígalos siempre así, siempre te guarde;  
Pero ¡ay! mi dulce amiga, ¡quién dijera  
Cuál de los dos primero de aquí falte!

Víctima del instinto carnícero  
De feroz cazador, talvez mas tarde,  
Serás ¡ay Dios! y tu nevada pluma  
Enrojecida en tu inocente sangre!

Y yo leve juguete del destino  
Cual la hoja de sañudos huracanes,  
Yo cuyo sueño la tormenta arrulla,  
Yo pobre alción en agitados mares,

Yo de tu lago vagamundo huésped  
He de faltar también, tal vez mas antes;  
La última sea acaso que mi planta  
Huelle la florecilla de estas márgenes.

Tal vez mañana por lejanos climas  
Huyendo vaya de la ley del sable,  
Si estas montañas de la paz asilo,  
También atruena la civil barbárie.

¿Y quién preguntará, lirio de la onda,  
Dónde la suerte nos echó inconstante?  
¿Qué fué de la garzota inmaculada?  
Qué de su errante y solitario vate,

Que por la orilla del risueño lago  
Vagaban un tiempo al declinar la tarde  
Que en las someras raíces se asentaba  
De este frondoso y corpulento amate;

O en lo mas alto de las altas cumbres  
Por la ancha brecha que los montes parte.  
Allá en el horizonte delineados,  
Gustaba contemplar sus patrios Andes?

¿Tú y él qué fueron sino arenas leves,  
Que la onda trajo y que los vientos barren?  
Tú y él borrados de la leda estancia,  
Ella por siempre quedará inmutable:

Con sus florestas de agradables sombras,  
Sus auras puras, su fragancia suave,  
Sus armonías, sus murmullos vagos,  
Su dulce paz, su soledad amable;

Con su torrente que espumantes masas,  
Bramando arroja por los vagos aires  
A la profunda y peñascosa sima,  
Donde las aguas con fragor se parten:

Con sus inmensas calcinadas rocas,  
Unas sobre otras, amagando al valle,  
Hórridas, por allá, desnudas y áridas,  
Del alma impía desolada imágen:

Aquí de vida y de verdor cubiertas,  
Con bosquecillos que en sus grietas nacen,  
Aprisionados en floridos lazos,  
Que hácia el abismo suspendidos caen:

Con su apacible y cristalino lago,  
Donde se pinta encantador paisaje,  
En bella confusión, el llano, el monte,  
Las blancas nubes y el rebaño errante.

Aquí el nenúfar de rollizos tallos  
Su blanca flor sobre las ondas abre,  
Allí las algas el cristal matizan,  
Y allá rebullen los silvestres ánades:

En esta orilla la cañuela humilde,  
Abovedando sus flexibles haces,  
Risueñas grutas de verdor ameno  
Labra en el aire al cefirillo amante:

De entre la selva, por amor de la onda,  
Medrosos ciervos á la orilla salen,  
Y en la frescura de las claras linfas  
La sed apagan sus ardientes fauces.

Entre el follage deliciosas pasan  
La estiva siesta las charleras aves;  
Y algún gemido solamente se oye  
Que la paloma solitaria exhale.

Allá su barca el pescador desliza,  
La faz rizando del sereno estanque,  
Y al caer la tarde á la rivera vuelve,  
Donde la amarra con seguro cable,

Bajo el abrigo del sabino añoso,  
Que con sus ramas los cristales barre,  
Custodio eterno de las linfas puras,  
En donde baña las desnudas raíces.

¿Por qué medrosa la barquilla pasa  
Muy lejos siempre del peñón gigante,  
Que las nubes del trueno y del granizo,  
Con ambas frentes audacioso parte?

Allí una cruz como á sincel gravada,  
Vé el viajador desde la opuesta márgen,  
Y aquellos mústios solitarios sitios  
Las playas de la cruz oye nombrarles.

Allí verdosa y remansada la onda  
Las negras peñas en silencio lame,  
Bajo la triste sombra de una selva  
De impenetrable y lóbrego follage.

Es tradición en la comarca crédula,  
Que allí una jóven infelice madre,  
Soltó por caso á su adorado niño,  
Y al hondo abismo se arrojó al instante.

Cuentan que allí la desastrosa peña  
Ann manchas guarda de indeleble sangre;  
Que en el silencio de la noche se oyen  
Herir el viento lastimeros ayes;

Que de la bella el gemebundo espíritu,  
Cual blanca niebla sobre la onda errante,  
Suele á la luz de las estrellas verse  
Cruzar la faz del solitario estanque.

Yo en esas horas de silencio y calma,  
Cuando á salir convida el aura suave,  
En las cálidas noches del estío,  
Allí á la luna contemplar me place;

Y oigo no mas que la doliente queja  
Que al astro envían las nocturnas aves;  
El melancólico incansable grillo,  
Que al bosque aduerme con rumor constante.

El manso viento que en las altas cumbres  
Murmullo blando entre los pinos hace,  
Como corrientes de lejanas agnas  
Que se oyen ir por ignorado cauce;

La vaga olilla que al peñasco azota,  
La mansa res cuando la yerba paze;  
Y el monótono golpe del torrente  
Que alguna vez los céfiros me traen;

Vagos rumores de la triste noche.  
Que en la dormida soledad se esparcen,  
Encanto de las almas melancólicas,  
De los misterios de la noche amantes.

Eso no mas oí, ni apariciones  
Jamás he visto por ninguna parte,  
Si no eres tú, que cual benigno genio  
Del lago siempre te encontré en sus márgenes.

Allí, oh amiga, bondadoso el hado  
Largo vivir sin inquietud te guarde  
Y un fin tranquilo entre tu nido de algas.  
Y á mí en los brazos de mi dulce madre.

---



**El Pino seco y el Quebracajete.(1)**

“¡Salve, oh prenda del Otoño,  
Amorosa enredadera,  
Para mí la Primavera  
Ya no existe sino en tí!  
¡Salve, oh tú que á mis quebrantos  
Diste el velo de tus flores,  
Que mojaron los Amores  
En sus tintes de rubí!

“¿Qué le importan ya las galas  
Del florido alegre Mayo,  
Al que herido fué del rayo  
Mortalmente como yo?  
¿Qué me importan, si en mis ramos  
Ya desnudos de verdura  
Ni un pimpollo á la ternura  
De la brisa ya quedó?

“De la brisa los amores,  
De la aurora las delicias,  
Del rocío las caricias  
Para mí no existen ya;  
Ni á mi sombra blandamente  
Se solaza el caminante,  
Ni sus penas el amante  
En mi tronco grabará.

---

(1) Nombre que se dá en Guatemala á una planta silvestre enredadora, cuyas flores, de varios y lindísimos colores son propias del Otoño. Se distinguen por su hermosura las azules y las moradas

“A pastores y zagales  
De sencillos corazones,  
En sus rústicas canciones  
Ya no escucho en derredor;  
Ni me arrulla sus dolores  
Tortolilla enamorada,  
Ni en mi copa mutilada  
Labra el nido de su amor.

“A este leño apolillado  
Que le sirve de granero,  
Solo viene el carpintero (1)  
O el confuso gavián;  
Y en la oscura y triste noche  
Solo el buho misterioso,  
Cuyo canto pavoroso  
La importuna con afán.

“Y mis ramos estridentes,  
Por el viento sacudidos  
Imitando los gemidos  
Del mas fúnebre dolor,  
Rechinando en el silencio  
De la noche mas oscura,  
Dan al bosque mas pavora  
Y á las sombras mas horror.

---

(1) Pájaro de América, que habita en la espesura de los bosques: es negro, alas blancas, tiene una cresta de lindísimo carmín, y un pico tan fuerte que taladra con él los troncos de los árboles, principalmente de los pinos, donde forma agujeros exactamente adaptables á una bellota, que es su alimento favorito, y que almacena del modo dicho para el tiempo de escasez.

“Un cadáver macilento  
Ves aquí, donde solía  
Envidiar mi lozanía  
De esta selva la altivez:  
Melancólico esqueleto,  
Desolado, yermo y triste,  
Que con flores revestiste  
En su horrenda desnudez.

“¡Salve, oh prenda del otoño,  
Amorosa enredadera,  
Para mí la primavera  
Ya no existe sino en tí!  
¡Cuán en breve rudo Invierno  
Tiene ¡ay Dios, de devorarte!  
¡Cuán en presto he de llorarte,  
Flor tan buena para mí!”

Tal decía á la planta enredadora,  
Que le decora  
Con su flor bella,  
De un muerto pino el pálido coloso,  
Que, mústio y silencioso,  
En la selva descuella:

Y yo un suspiro dí, mirando al pino,  
Porque el destino,  
Con furor ciego,  
También mi corazón ha desolado,  
Marchito y destrozado  
Como al árbol el fuego:

Y también como el árbol yo encontraré  
    Quien halagara  
    Con su ternura

Y con la flor de su amoroso encanto  
    Mi profundo quebranto,  
    Mi desventura.

¡Ay! temo que esa flor, cual la hechicera  
    Enredadera,  
    Cual sueño leve,  
Fugáz visión de la engañosa vida,  
    También desvanecida  
    Yo la llore entre breve.

---

### A una Mosqueta.

Delicada florecilla,  
Cuyo seno embalsamado  
A Favonio enamorado  
Mil encantos prodigó:

¡Ay, cual torna ya amarilla  
Sin aroma ni frescura,  
Esa córola tan pura  
Que á la nieve deslumbró!

¡Ay, triste yo miro  
De galas tan bellas,  
Apenas las huellas  
Y triste suspiro!

Mis labios ya besan  
Tus mústios despojos,  
Su llanto mis ojos  
De enviarte no cesan.

Ya no eres la flor,  
Juguete del viento,  
Sino un pensamiento  
Sublime de amor;

Porque esas hojillas  
Sin bello barniz,  
Ni olor, ni matiz,  
Del todo amarillas,

Son páginas llenas  
De tierna elocuencia,  
Que mas que tu esencia  
Es suave á mis penas:

Son prenda muy cara  
De léjos venida,  
Que madre querida  
A un hijo mandara.

De verte no ceso,  
De nuevo te miro,  
De nuevo suspiro,  
De nuevo te beso:

De nuevo el regazo  
Marchito te inundo,  
De lloro infecundo;  
De nuevo te abrazo.

¡Ay, Dios, quién pudiera  
Con besos y llanto,  
Tornarte el encanto,  
La vida primera!

No, empero, me es dado  
Soplarla en tu frente;  
Que mi hálito ardiente  
No es céfiro alado;

Ni fresco rocío  
De vívida Aurora,  
El riego que ahora  
Te cae, bien mío!

Es del proserito el llanto corrosivo,  
Y su terrible aliento de anatema,  
Que á cuanto baña á tanto le es nocivo,  
Y cuanto toca su respiro quema . . .

Mas tú no temerás que tu marchito  
Cáliz yo riegue con mi acerbo llanto;  
Pues quien te envía es Madre del proserito:  
Vén á mi pecho, calma mi quebranto!

Que aunque haya en el destierro bellas flores  
Frescas, alegres, plácidas, fragantes,  
De variados matices y colores  
Que embalsaman las auras inconstantes;

No hay mosquetas de aroma delicada,  
No hay una flor que me hable al corazón,  
Ni que, cual tú, del todo desecada  
Sobreviva un instante á su ilusión:

Arrebatadas del común destino,  
Volando al polvo de hoja en hoja van,  
Sin que del Alba el lloro peregrino  
Tuerza esta ley, mas cruel que el huracán:

La ufana reina del pensil florido,  
Con la diadema de su rósea sien,  
También sucumbe; y el profundo olvido  
Sus bellas horas devoró también . . .

Tú, empero, vivirás aquí en mi pecho:  
Tus macilentos, lánguidos despojos,  
Aquí en mi pecho férvido yo estrecho,  
Prenda cara de amor, flor de mis ojos:

Flor que brotaste allá, dentro el amado  
Recinto del hogar, donde corrieron,  
Como el límpido arroyo por el prado,  
Mis bellos días que por siempre huyeron.

Descolorida flor, marchita y triste,  
Flor con quien hablo en mi delirio vano,  
Flor, que hasta aquí buscándome veniste,  
Flor que cortó mi madre con su mano:

Si del recuerdo la punzante espina  
Lastima el pecho á tu infeliz cautor,  
Tus hojas le embalsaman, flor divina,  
Con la suave ambrosía del amor.

---



**Pensamiento de una tarde.**

Del moribundo día,  
En el postrer instante,  
El terror de las sombras  
Se pierde entre celajes.

Y en su agonía enciende  
Sus luces celestiales  
La vespertina estrella,  
Cual dolorida amante,

Significándole á la tumba  
En que vá á sepultarse,  
Y á los remotos climas,  
Donde en breve renace:

Y así, gran Dios, te pido,  
Para el terrible trance,  
De serena inocencia  
La calma imperturbable.

De la rósea Esperanza  
Los plácidos celajes,  
Que á las eternas sombras  
Sus furores embarguen;

Y de la Fé mas viva  
La antorcha consolante,  
Que se muestre á mi ocaso  
Estrella de la tarde:

Para que blandamente  
Mi espíritu se exhale  
A la región sublime  
Del Querub y del Angel.

## EL COLERA.

Piedad, piedad, Señor! Al ruego atiende  
De este débil mortal atribulado:  
Tú que mis penas miras,  
A mí tu mano estiende,  
Gracia dáme ante el ángel de tus iras.  
El brazo enhiesto, de venganza armado,  
La ira celestial en el semblante,  
Envuelto en parda nube el aire hiende:  
Al pálido *Terror* manda delante,  
Cual fatal mensajero,  
Muerte anunciando por el orbe entero:  
A todas partes lanza  
La celeste venganza:  
De Sur á Norte, de Levante á Ocaso  
Fulmina de tus iras las centellas:  
Son montes de cadáveres las huellas  
De su fúnebre paso.  
¡Ay, ay! ¿qué fué de aquellas  
Liviandosas ciudades,  
Entre los brazos del *Placer* dormidas,  
Sus ya ajadas coronas derceñidas?  
Despertáronse místicas soledades  
Y regiones desiertas,  
De corrupción y fetidez cubiertas,  
Cebo de lobos y chacales fieros  
De águilas y buitres carniceros.

Señor: aun se halla léjos de mis puertas  
Y héme á mí ya temblando cual la espiga

Al níveo cuello la feroz cuchilla  
O al pecho manso la saeta aguda  
Se apresta ruda: saltará mi cuello  
Teñido en púrpura.

Y silencioso las nevadas alas  
Batiré apenas por instantes breves:  
Las auras leves por la vez postrera  
Su adiós reciban.

Mi carmín puro manchará tan solo  
La que fué siempre inmaculada pluma,  
De quien la espuma de las claras fuentes  
Emula fuera.

No mas las Ninfas del undoso río  
Saldrán festivas á escuchar mis cantos,  
Ni el dulce encanto adormirá la clara  
Mansa corriente.

¡Divino río de la arena de oro!  
A tu murmullo deba yo un suspiro  
Que en el retiro del recodo manso  
Repita el ríseo.

Vosotros verdes y flexibles juncos,  
Dosel risueño de la linfa pura,  
Vuestra frescura en la ardorosa siesta  
Mi encanto fuera.

Vos, que escuchasteis mi sentido acento,  
Oíd ahora mi canción de muerte:  
Llorad mi suerte: sollozad unísonos  
A blando céfiro.

¡Oh, Apolo! envía tu celeste bando  
De sacros Cisnes de los picos de oro,  
Que al almo coro de las nueve hermanas  
Lleven mi cuerpo.

Y siempre tinta la fatal ribera,  
Mi sangre agoste su eternal ternura,  
Y desventura y maldición la envía  
¡Oh Dios de Délos!

---

## CON UN JAZMIN.

Bello es del albo jazmín.  
El puro y terso candor;  
Pero es mas bello el carmín  
De tus rosas de pudor.

El aroma es agradable  
Que la flor exhala al viento;  
Pero me es mas deleitable  
La fragancia de tu aliento.

Es de aquella la frescura  
Como el alba matinal;  
Pero tu tez virginal  
Ann es mas fresca y mas pura.

La dicha tendrá el jazmín  
De adornar tu cabellera,  
Mas fragante de lo que era  
Allá en su primer jardín.

En su frágil existencia  
Tan fugaz como el placer.  
Su brillo, su suave esencia  
Van pronto á desaparecer:

Pero dura todavía  
Mas tiempo su vida y gloria,  
Que durará en tu memoria  
La infausta existencia mía.

Al menos seca y marchita  
La ya deshojada flor,  
Exhala apagado olor  
Que un débil recuerdo excita.

Si al apagarse la vida,  
La llama que me consume  
Dejára un débil perfume,  
Un recuerdo á mi querida;

Bendijera yo mi suerte,  
Bendijera mi dolor,  
Y entonando himnos de amor  
Sucumbiera yo á la muerte.

---

## EL ARROYO.

..... Unda impelitur unda,  
Urgeturque prior veniente, urgetque priorem.-(Ovid.)  
A la onda cede la onda, que la obliga,  
Y aquella á la de atrás, onda enemiga.-(Trad.)

Deslízase süave  
Entre menuda arena,  
El manso arroyo por la selva amena,  
Con sonoro murmullo que adormece  
Al aura blanda que en el sáuz se mece.

Es la plácida orilla  
El imperio de Flora,  
Y su espléndida corte lo decora.  
¡Qué galas de tan vário colorido!  
¡Qué perfumes tan gratos al sentido!

Suavísimo Cenzontli,  
En pos de la frescura,  
Del follaje se esconde en la espesura.  
Llenando enamorado el vago viento  
Con la dulce armonía de su acento.

Y las límpidas hondas  
Riza el Céfiro blando.  
¡Cual se deslizan con su alegre bando  
De Ninfas y de Cisnes! ¡carga leve,  
Le son pechos de amor, cuellos de nieve!

¡Oh, peregrino arroyo,  
Imágen de mi vida!

¿Porqué vá tu corriente tan urgida?  
¿Qué, te precisa abandonar las flores  
De esta risueña orilla y sus amores?

¿Qué falta ya á tu encanto!  
¿Qué falta á tu ventura?  
¿Tente: gózate en ella mientras dura!  
¿Gózate en la belleza y armonía,  
Brisas y sombras, flores y ambrosía!!

¡Ay! durarán tus glorias  
Lo que la vana espuma,  
Y arista, sin que el fuego la consuma:  
Duran mas los amores de la brisa:  
No haces mas que pasar, pasar de prisa;

*Y ceder al impulso  
Terrible que te obliga  
De la que viene atrás, onda enemiga;  
Y que no mas feliz que lo fué aquella,  
A otra cede también que la atropella.*

Ávido de los besos  
De tu onda cristalina,  
Amante lirio á tí su frente inclina,  
Y detenerte en vano ¡ay Dios! procura  
El dulcísimo afán de su ternura.

Mas no hay para ti amores,  
Ni reposo un instante:  
¡Correr, siempre correr... siempre adelante!  
Y, *adelante!* que clama me parece  
Una terrible voz que me estremece.



¡Oh, la voz del Destino! . . . .  
Del Destino la mano,  
Como á la prometida del Océano,  
Sin piedad por la víctima inocente,  
Te arrastra á sus abismos inclemente.

Tus floridas guirnaldas,  
Impío y rudo el Hado,  
Ya en breve de tu sién habrá arrancado,  
Juzgando ese atavío inoportuno  
Para entrar en el lecho de Neptuno.

Ya entre hórridos peñascos,  
Do solo el buho habita,  
Tu líquido cristal se precipita,  
Desnudo ya de la amigable sombra  
I de la matizada hermosa alfombra.

Ni la graciosa Ninfa  
En margen erizada  
Ha de poner su planta delicada,  
Ni en los antros de horrísonos peñones  
Hará oír el Cenzontli sus canciones.

En torrente impetuoso,  
De arroyuelo que fueras,  
Vas á tornar: la flor de tus riberas  
No verás mas; que al piélago insondable  
Te impele ¡ay Dios! un hado inexorable . . . . .

.....  
Y yo con igual fuerza  
También soy impelido

(Cual tus ondas al mar) al mar de olvido;  
Y con igual premura, igual violencia,  
Su encanto va dejando mi existencia:

Pues cual flor de la noche,  
Que muere á la mañana,  
Fué la de mis amores flor temprana:  
Pasé, la ví, la amé, fragante y bella,  
Torno á pasar, la busco, y nada hay de ella.

Y cual tú, se desprende  
Mi lóbrega barquilla  
De la encantada juvenil orilla,  
En turbulento fragoroso estruendo,  
Por entre escollos mil desapareciendo;

Mas no sin que aun de lejos,  
Hácia el pasado encanto,  
Vuelva mi vista atrás, turbia de llanto,  
Y le envíe ¡ay de mí! mientras respiro  
Doliente adios, tristísimo suspiro.

El suspiro me agrada,  
Y el llorar de mis ojos,  
Sobre estos mústios, pálidos despojos  
De rosas de su tallo desprendidas:  
Rosas son mis memorias mas queridas.

Rosas son mis memorias  
Sin vida ni belleza,  
Que marchitó la pálida tristeza:  
Muertas flores ¡ay Dios! donde aun asoma  
Leve reliquia del perdido aroma.

Mi llorar me solaza,  
Dulcísimo arroyuelo,  
Enviar á tí mis lágrimas de duelo,  
Mis suspiros unir á tu murmullo  
Y al de tórtola amante, blando arrullo.

¡Ay sí! mientras que canta  
Sus amores el ave,  
Murmullas tú; y el Céfito suave  
Acaricia tus ondas y mi lira,  
El llanto brota, el corazón respira.

Dulces silvestres tonos,  
No del arte armonía,  
Que siempre conmovieron la alma mía!  
A su compás, arroyo cristalino,  
Gusto cantar nuestro común destino.

Y en soledad sabrosa,  
Dueño de mí, un momento,  
Contigo y con mi triste pensamiento,  
A tí mi lloro doy, al aire el canto,  
Y, un instante, al olvido mi quebranto.

Adiós, fugaz arroyo:  
La noche pavorosa  
Ya sobre tu onda cae silenciosa;  
Ya vuelve el pajarillo al dulce nido  
Y yo de ingrato mundo, al vano ruido.

---

## A LA MEMORIA DEL RETRATISTA

**Don Francisco Gabeira.**

Tú que salvaste del ingrato olvido  
El bello esmalte de la flor precoz,  
Que el cáliz dobla, ya descolorido  
Al frío soplo de la edad veloz:

Tú, que en su vuelo, detener supiste,  
Con tu pincel al rándo Tiempo alado,  
En solo un punto, y al presente diste  
Bella, cual fué, la imágen del pasado:

Tú, á quien triunfando de la muerte aleve,  
Diérate el cielo rescatar su presa,  
Dando al marfil el encarnado leve,  
Que no destiñe el polvo de la huesa:

Tú mismo yaces en la huesa helada,  
Sin que pudiese, no, Jénio divino,  
Parar el golpe, la hora señalada,  
La hora tremenda del fatal destino.

¿Qué vale al Jénio su falaz aureola?  
¿Qué su reflejo sobre el mármol frío,  
Si su ceniza silenciosa y sola  
No anima ya en el túmulo sombrío!

¡Y qué la llama que abrazó su frente  
Y consumió su corazón, acaso,  
Cuando al cruzar el mundo indiferente  
Ni una mirada le debió en su paso?

¡Cuando al cruzar los valles de la vida  
No deja mas que soledad oscura,  
Ni halló al gemir, el alma dolorida  
Un eco de simpática ternura?

¡Cuando postrado en miserable lecho  
Sintió abrazarse en la ansiedad febril,  
Y ni un consuelo al fatigado pecho  
Calmó el tormento de sus ansias mil?

¡Cuando su yerta senectud no pudo  
Poner tal vez la venerable faz  
En lecho menos frío y menos rudo  
Que el rudo mármol que le guarda en paz?

De ardiente Jénio el encendido lampo  
La breve vida desolando pasa:  
Marcó la huella en el desierto campo  
La flor marchita que al pasar abrasa.

¡Ay, Dios! ¡Y el mundo sin piedad ninguna  
Cortó su vuelo con crueldá irrisoria!!  
No vió jamás sonreír á la fortuna:  
Solo en la tumba aguérdale la gloria.

Si acaso el polvo de eternal olvido  
Que troncos roe, mármoles quebranta,  
Un nombre leer no quita, allí esculpido,  
Si no le huella la profana planta.

Y la Horfandad, y la Amistad doliente,  
Que sobre el mármol lloran, con que oprimen  
Las duras Parcas la amarilla frente  
De amigo ó madre porque tristes gimen.

Por tí solazan su dolor también,  
Al ver la rosa que el marfil matiza,  
El fresco labio, la dorada sién  
Que no son ya sino glacial ceniza.

No, acaso, un eco, cabe á tí suspira,  
Ni cae lágrima en tu losa triste;  
Pero solloza la sensible Lira,  
Y de crespón y de ciprés se viste:

Y lleno el bardo de dolor sombrío,  
Tu fúnebre urna, tu inmortal pincel,  
Al áureo templo llevará de Clío  
Entre los ramos de inmortal laurel.

---

**LA MAJIA DE AMOR.**

De fieras poblado,  
De rocas cubierto,  
Había un desierto,  
De Libia el horror:  
Ni Céfiro amante,  
Ni arroyo, ni fuente,  
Ni rama consiente,  
Ni espiga, ni flor.

El lomo oprimiendo  
De León africano  
Sus armas en mano  
De oro y marfil;  
Perdido entre rocas,  
Cupido allí andaba  
Por áhi le llevaba  
Capricho infantil.

Saltando entre peñas,  
Las cimas cruzando,  
Abismos salvando,  
El yermo le vé:  
Las fieras, ya gachas  
La cola y orejas,  
Cual mansas ovejas  
Le besan el pié.

Del hambre apenado,  
De sed y fatiga,

La roca enemiga  
Solaz le negó;  
Mas cuanto se inflama  
Con vida en el mundo,  
Respeto profundo,  
Tributo le dió.

Horrible pantera,  
Con áscuas por ojos,  
Que brillan mas rojos  
Allá en el cubil,  
Himplando en la oscura  
Caverna horrorosa,  
Cual madre amorosa  
Vé al niño gentil:

Amor y cachorros  
Bajo ella tendidos,  
Mamaron prendidos  
Del seno voraz;  
El róseo piecito  
Lamiendo la fiera,  
La mano flechera,  
La célica faz.

Del antro saliendo  
(El pecho aun ardiente)  
De vívida fuente  
Ansía el licor:  
Y al rudo peñasco,  
De entraña mas dura,  
Le exige dulzura,  
Tributo de amor:



Ya clava en la roca  
La flecha dorada,  
Y apenas clavada  
Le baña un raudal;  
Y fué desde entonces,  
Desierto tan rudo,  
De vida desnudo,  
Mansión de solaz.

Pintados rebaños,  
Praderas floridas,  
Zagalas garridas,  
Amor del vergel,  
Alegres cantares,  
Risueños pastores,  
Arroyos y flores  
Encantan en él.

Con todos sus tigres  
Y horribles panteras;  
Con todas sus fieras  
La Libia se vá,  
Y vino la Arcádia,  
Con Pan y con Flora;  
Un Templo allí ahora  
Amor tiene ya.

—Así, linda Clori,  
Tus ojos flecheros,  
Me hirieron certeros  
Con dardos de amor,  
Y dulce poesía  
El pecho me inunda,

Que anima y fecunda  
*Un yermo de horror.*

Mas aunque divina  
La flecha dorada,  
En llama templada  
De lumbre inmortal,  
No es menos punzante,  
Sangrienta y terrible  
No es menos sensible  
La herida fatal.

Mal grado el tormento  
Tus ojos bendigo,  
Y el dardo enemigo  
Que me hace sufrir;  
Pues cámbio gustoso  
Placer por dolores,  
Mas yo sin amores  
No puedo vivir:

Amar es mi vida,  
Mi gloria y desvelo,  
Y dicha del cielo  
Cantar mi dolor:  
Yo á Clori mis cantos  
Dedico y mi Lira,  
Pues ella me inspira  
Con Májia de amor.

---

## LA MUERTE DE UN NIÑO.

Traducido de Andres Chenier.

Apenas vió en el mundo la víctima inocente  
La sola primavera á que la luz debió,  
Un nombre, una memoria, un sueño solamente,  
Una invisible imágen fué de él cuanto quedó.

Adios, endeble niño, que de entre nuestros brazos  
Cual vaporecillo leve, volaste á la mansión,  
Cuya puerta, ya rotos de la vida los lazos,  
Si se abre cuando entramos, no se abre otra ocasión.

Asolando ciudades y campiñas poblando,  
Coronado de espigas el Estío vendrá,  
En los alegres campos las mieses derramando  
Pero ¡ay Dios! el Estío ya no te encontrará.

Ni el triste hogar paterno, de que eras los amores  
En desnudez amable te mirará gatear,  
Ni la Ninfa del Sena jugando con las flores,  
De que al cristal undoso la plugo coronar:

Tu carrocilla humilde que por mano amorosa  
Tirada por el prado poco há que se mostró,  
El prado no mas surca, ni la playa arenosa:  
¡Ya de allí para siempre su huella se borró!

Ni con dulces gorjeos tus labios sonrosados,  
Ni tu infantil mirada de bella limpidez,  
Indefinible encanto nos darán ni cuidados  
Pues sellóles la Muerte con fría palidez!

Adiós, hasta el sepulcro, por otra vez, adiós,  
Hasta allá donde todos nos hemos de seguir,  
Donde tu triste madre, de consuelos en pos  
Sus celosas miradas empieza á dirigir!

---

## LA NOCHE.

Melancólico rueda y silencioso,  
Por las frías llanuras celestiales,  
Un enlutado carro majestuoso,  
Tirado por vampiros colosales.

Bajo su sólio de sublime duelo,  
De fúlgidos diamantes tachonado,  
La faz cubierta de sombrío velo  
Gobierna una Deidad el carro alado.

Tan negros como él, y como él bellos.  
Lleva sobre los hombros esparcidos  
Los ondulantes húmedos cabellos  
Que rozan el crespón de sus vestidos.

De ébano empuña cetro soberano  
La diestra con que rige el vasto imperio,  
Y los pliegues desvuelve la otra mano  
Del manto con que cubre el hemisferio

Es la NOCHE: á sus lados van el SUEÑO  
Y el SILENCIO, que grato le provoca:  
Aquel con sus guirnaldas de beleño  
Y este otro el dedo en la discreta boca.

¿Quién es ¡oh, Noche! el mortal  
Que no se postra rendido  
Bajo tu cetro de olvido,  
Ante tu trono glacial!

La erguida cabeza inclina  
Naturaleza hasta el suelo,  
Cuando tu carro de duelo  
En las esferas domina.

Extingue su luz hermosa,  
Sus ricas galas esconde,  
Y á tu dolor corresponde  
Su lobreguez silenciosa.

Duerme la anchurosa tierra,  
Duermen los celestes prados,  
Duermen los vientos alados  
En la tenebrosa sierra.

Duermen los poblados mares  
En las playas solitarias,  
Y duermen sus tribus varias  
En sus cavernosos lares.

Y duerme todo viviente  
En tu solemne misterio,  
;Quién tiene bajo tu imperio,  
;Oh, noche! erguida la frente!

Las míseras Pasiones ;cuán en vano!  
Dementes se revelan contra tí!  
Tus sombras vencen su delirio insano  
Su ardiente frenesí!

Vela el Placer en turbulenta orgía;  
Vela el Amor circuido de ilusiones;  
Y los Zelos en férvida agonía  
Y horribles convulsiones:

En vela la Avaricia macilenta,  
A la mezquina luz de su candíl,  
El contado tesoro otra vez cuenta  
Y otra vez mil á mil.

El Odio vela y la feroz Venganza  
Aguzando su pérfido puñal,  
O tejiendo la red de la acechianza  
En que caerá un rival.

Y la altiva Ambición vela soñando  
En los falaces lauros de victoria,  
O en los áureos alcázares del mando  
De mentirosa gloria.

Velan sí; mas destruida su energía,  
Ya del alba el lucero refulgente  
No alcanza á ver la luz de su bugía  
Ni su pálida frente.

Velas como ya vencidas  
De una en una van cayendo,  
Mira como van rindiendo  
La cabeza soñolienta.  
Sobre su arca férrea cae,  
Que la inquieta y la desvela,  
(Como cae un centinela)  
La Avaricia macilenta.

Amorcillos afanosos,  
Ateridos por el frío,  
Empapados de rocío  
Sueltan ya la aljaba aguda;

Y plegando las alillas  
En sus cunas olorosas,  
Entre nardos y entre rosas  
Su inocente afán acaba.

Y la furia que mas vela  
Bajo el luto de los cielos,  
Esa furia de los Zelos,  
Encerrada entre cerrojos,  
Al fin cae ya postrada  
Bajo el cetro del olvido;  
Duerme, atento el fino oído,  
Sin cerrar jamás los ojos.

Buenas noches, y la mano  
Dale falsa la Ambición  
Á su hermana Adulación  
Y vá á hundirse en muelle lecho;  
Y talvez rabiosa furia  
Sin piedad le roe el alma;  
Pero en breve ya tu calma  
Se apodera de su pecho.

Desarmado cuelga el brazo  
De la pérfida venganza:  
También á ella el sueño alcanza:  
Allí caído está el puñal.  
Y en sedosa alfombra yace,  
De sus galas desceñido,  
El Placer descolorido  
En la orgía bacanal.



¿Á quién encuentra fatigado el día  
Deseando ansioso su primer albor?  
¿Para quién fué la Noche una agonía,  
Lenta y terrible, llena de dolor?

¿Quién lanza sus serpientes roedoras  
Al ya violado lino conyugal,  
Y las furias evoca aterradoras  
En derredor de un lecho criminal?

¿Quién brama entre el olán y los damascos  
En el sombrío alcázar del Poder,  
Cual las ondas que azotan los peñascos  
Braman, sin que les puedan conmovér?

¿Quién puebla las alcobas perfumadas  
Donde se agita mísera Opulencia,  
De sombras de terror ensangrentadas  
Que acusan sin piedad á la Conciencia?

Mírale, ¡oh, Noche! en su feroz tormento.  
Torbo el mirar y pálida la faz:  
Él es, el infernal *Remordimiento*,  
Que en vano corre tras la ansiada paz:

¿Mira como sus sierpes horrosas  
Holladas por tu carro rutilante,  
Entrelazan sus miembros mas rabiosas.  
Y el corazón le roen palpitante!

Véle, dejando el lecho del reposo,  
Vagar á orillas del dormido mar,  
Cuando el mundo descansa silencioso  
Y ni las Auras se oyen suspirar.

Héle allí entre las rocas cenicientas,  
Cual fantasma en tus sombras evocada,  
Bajo el peñón que baten las tormentas,  
Echar á la onda fúnebre mirada.

Hnye de tí, del mundo y de sí mismo;  
Y á doquier lleva el corazón sangriento:  
Allí bajo sus piés tiene el abismo,  
Allí le impele insano pensamiento.

El cuello inclina, y con espanto mira  
(Un pié delante) los profundos mares:  
Convulso se estremece y se retira:  
Llega el Alba y no alivia sus pesares.

¿Á quién ¡oh, Noche amiga! tu luto no dá espanto?  
¿Quién oye en tu silencio y se complace en tí?  
¿Quién en tus sombras mira, en ellas halla encanto  
Olvidando del mundo el ciego frenesí?

¿Quién deja el puro lecho y su muelle reposo  
Y su cándida toca de lino virginal,  
Por tu dosel oscuro, por tu manto luctuoso  
En que allí ves envuelta á una diosa Vestal?

Allí entre las tumbas del yermo cementerio  
Se sienta silenciosa bajo letal ciprés,  
Á interrogar las sombras, á leer en tu misterio,  
En tu sublime calma y angusta lobreguez.

Al lado de un sepulcro está *Sabiduría*  
Con su noble semblante, su divino mirar;  
Y sobre el duro mármol quedó *Melancolía*  
Durmiendo el triste sueño de un íntimo pesar.

Solo el lúgubre canto de la ave favorita  
El sagrado silencio se atreve á interrumpir,  
En que envuelta la diosa en arcanos medita  
Que al mortal fué vedado por siempre descubrir.

Tu sombra es luz para ella ¡oh, Noche majestuosa!  
En tu inefable calma se encuentra su placer:  
Tras el oscuro velo de tu faz misteriosa  
Tus modestos encantos solo ella pudo ver;

Porque en su ser etéreo, esento de pasiones,  
Su mirada es profunda, celeste y divinal;  
Porque no la rodean falaces ilusiones,  
Que extravían la mente del mísero mortal.

Mortal envilecido, menguado y miserable,  
De ciega inteligencia, lanzarme no oso yo  
Al misterioso abismo, profundo, inescrutable  
Que Omnipotente mano en tu seno encerró.

Mas entre el sacro duelo de tu sombrío manto  
En religioso asombro yo admiro tu poder:  
Tu silencio solemne y tus misterios canto  
¡Oh, magestuosa Noche! en que envuelves mi sér.

A este ser tan cuitado entre tu seno abriga:  
Aleja de su lecho los sueños del terror;  
Y en esta alma doliente, derrama, Noche amiga,  
Balsámico beleño, calmante del dolor.

---

## El Amante de la Naturaleza.

Pues que víctima he sido  
Del destino mas rudo  
Y protervia hincó en mí su diente agudo,  
Y triste el corazón, pálido y yerto,  
De fúnebre sudario fué cubierto;

Viene á tí la alma mia,  
Viene á tu amante seno,  
De amor, de dicha y de hermosura lleno,  
¡Oh, bella, sin rival Naturaleza!  
A olvidar de sus males la fiereza:

Que eres tú para mi alma,  
En sus crudos dolores,  
La Ninfa de los últimos amores,  
Que encanta con celeste melodía  
El sombrío terror de la agonía.

De amor tus blancas tocas  
Llevé á mi seno herido,  
Blancas, cual de tus cisnes el vestido,  
Cual pecho encantador de tus sirenas,  
Emulas de los cisnes y azucenas:

En bálsamo embebidas,  
Y en llanto de la aurora,  
Que en tus fragantes campos se atesoar;  
Yo tus tocas de amor puse en mi pecho,  
Y fué en suspiros su dolor deshecho:

Yo las llevé á mis ojos  
Y á mi abrazada frente,  
Y el llanto brotó entónces dulcemente,  
Y la fiebre apagó del alma mía  
Que vida y corazón me consumía.

Frívolo niño me hice,  
Y bebí sin medida  
El néctar de tu amor, bella Natura,  
Y abdiqué el pensamiento, esa diadema,  
Que al Rey de la creación la frente quema:

Y yo vagué cual niño  
Por valles y collados:  
Detrás las mariposas de tus prados  
Como niño corrí, y dentro el monte  
Tras los tiernos polluelos del Cenzonte, (1)

Y á veces por laderas,  
Por barrancos y cerros,  
Acompañado de mis leales perros,  
Ó bien siguiendo á la medrosa gama  
Ó ardilla que se vá de rama en rama

Como niño he gustado  
De la miel de la abeja,  
Que hallé en el tronco de la encina vieja,  
Y panal conquistado á las avispas  
Con el humo las llamas y las chispas;

---

(1) *Cenzontli* ó *Cenzonte*: pájaro de tan dulce canto que puede llamarse el *ruiseñor* de América.

Que no es néctar livado  
De pérfidos amores,  
En hechiceras, venenosas flores,  
El néctar del panal y la colmena,  
No el labio que la chupa se envenena.

Á tus fuentes y arroyos  
También bajé mil veces,  
Y á los plateados, inocentes peces  
Que habitan el cristal de la onda pura  
Llevé desolación y muerte dura;

Y sus postreras ánsias  
Recojí entre mis manos.  
¡Siempre crueles los hombres y tiranos  
Con la inerme inocencia, aun los que siendo  
Víctimas de tiranos van huyendo!!

Cual divertido niño,  
Al borde del torrente,  
Guijarros mil lanzaba á la corriente,  
Que mil plateados círculos formaba,  
Y al peñasco y á mí nos salpicaba:

Y con extraño ruido  
Les devoraba en lo hondo,  
Tal como al Tiempo, Eternidad sin fondo,  
Como al frágil mortal que se derrumba  
En los negros abismos de la tumba.

En la arenosa playa  
Como niño he jugado

Con la menuda arena en que estampado  
La paloma dejó su piecillo,  
Ó el surco de de su huella el gusanillo.

Y allí sobre la arena  
Osó escribir mi dedo  
Un nombre que olvidar ¡ay Dios! no puedo,  
Grabado aquí en mi pecho en hora aciaga,  
Tal como estigma de sangrienta llaga.

¡Cuántas veces mi frente  
Á la linfa espumosa  
Entregué de corriente estrepitosa,  
Que en argentadas masas se despeña,  
Gentil saltando de una en otra peña;

Y del Génio de la onda,  
Usurpando el derecho,  
Osé invadir el cristalino lecho,  
Gozándome en la bella catarata  
Bajo su velo de luciente plata.

Otras veces me plugo  
Beber en la montaña  
La agua que guarda pródiga la caña,  
Ó el peñasco reserva para el ave,  
Ó la lluvia que junta la ancha agave. (1)

De la flor en el cáliz  
Deleitó al labio mío

---

(1) AGAVE: nombre botánico del maguey ó pulque.

La gota diamantina de rocío,  
Cual la felicidad resbaladiza  
Que apenas se la toca se desliza;

Cual la vírgen amante,  
Pura, trémula y bella,  
Cual la del alba refulgente estrella,  
Cual lágrima de amor, que hermosa brilla  
Cuajada por amor en la megilla.

Y después como al pecho  
De vírgen inocente,  
Oprime dulcemente  
La rósea Pubertad,  
Con los ensueños vagos  
De ardiente fantasía,  
Y la melancolía  
Que realza la beldad;

Así de tus amores,  
La inspiración divina,  
El alma me fascina,  
Me oprime el corazón;  
Y opresa la alma entonces  
La plugo el tiste canto  
Y exhalar en el llanto  
La profunda emoción.

Y lloré en el laúd de la tristeza,  
Mis lágrimas cuajó límpida fuente:  
Suspiré con la brisa tiernamente  
Del solitario monte en la aspereza.



Sentado entre la lóbrega quebrada  
Respondí con la voz de mi gemido  
Al monótono canto dolorido  
De lúgubre *espumuy* desconsolada: (1)

Á la márgen canté de la laguna  
De su cándida GARZA la inocencia,  
Y orillas del arroyo la violencia  
Que nos urje á él y á mí desde la cuna.

Desde el umbral de mi infeliz cabaña,  
Y á la pálida luna de verano,  
Oyendo el *cuervo-ruin* dolerse en vano (2)  
Con mi triste canción le hice compañía.

He cantado las vastas soledades,  
Los silenciosos páramos desiertos,  
Para la alma sensible nunca muertos,  
Para la mía, mundos de beldades.

Canté de esos desiertos las bellezas,  
Las flores por el Céfito obsequiadas,  
Puras, como de Dios fueron formadas,  
Y de Dios alabé tantas grandezas.

Canté el añoso bosque, en grave tono,  
De verdura y de siglos coronado,  
De sombras y de buhos habitado,  
Que al *Silencio* elevó sublime trono.

---

(1) *Espumuy*: paloma silvestre, llamada así en el país por eno-  
matopeya, pues el nombre parece el sonido del canto.

(2) *Cuervo-ruin*: pajarito que canta en las noches de Primavera  
y parece decir la voz con que se le denomina.

Y allí en el reino de *Silencio* umbrío,  
De salvaje montaña á la presencia,  
Se postró ante invisible Omnipotencia  
El pavoroso pensamiento mío.

Pobre cantor de cisnes peregrinos,  
De selváticas flores y de fuentes,  
De páramos y bosques eminentes,  
De sonoros arroyos cristalinos;

Lágrimas para mí la lira fuera,  
Lágrimas la belleza de las flores,  
Lágrimas el desierto y sus amores,  
Lágrimas tus encantos donde quiera.

¡Oh, siempre yo te amé Naturaleza,  
Y á tu divino autor en tí yo adoro,  
Abre á mi corazón todo el tesoro  
De poesía, amor y de belleza!

Desvuelve para mí tu bello seno,  
Y enagénese en él tu triste amante:  
De tus campos el bálsamo fragante  
Vierte en mi corazón de heridas lleno;

Dáme de tus desiertos la armonía,  
Que haga dignos de tí mis rudos cantos;  
Y loaré tu beldad y tus encantos  
Que dan vida á mi muerta fantasía.

Tus hondas soledades yo te pido  
De silenciosa y lóbrega espesura,  
Que á memorias de triste desventura  
Devoren en los antros del olvido.

*La Muerte del Justo.*

Adormecido el Justo en su postrero sueño  
Deslízase á la tumba sin pena ni ausiedad:  
Con la paz en el alma, con el labio risueño  
Vé abrirse los espacios de la honda Eternidad.

La noche del pasado, de entrañas tan fecundas  
En pálidos espectros, que ajitan con furor  
Sus crínes, erizadas de sierpes iracundas  
No aborta para el Justo sus sombras de terror.

Cual alegre viajero que al fin de la jornada,  
Las cimas, por do anduvo, en lontananza vé,  
Así echa por la vida el Justo una mirada  
Cuando en su último linde logró poner el pié.

El terrífico jesto no tiene del malvado,  
Ni la espumante boca, ni el horrible estertor,  
Ni el revolverse inquieto del uno al otro lado,  
Los dientes recrujiendo, bramando con horror.

Ni el sello maldecido del réprobo en la frente,  
Que brilla por los ojos las llamas de Belial,  
Ni la blasfemia inmunda, ni el furor impotente  
Del que oír ya parece risotada infernal.

El cabello á la vista del réprobo se eriza:  
Ya inerte y con los ojos cerrados á la luz,  
Crispada mano mueve, que alguno galvaniza,  
Para apartar la imagen del Dios sobre la Cruz.

Ni las férvidas preces del sacerdote santo,  
Ni el agua bendecida, ni el óleo de salud,  
Ni el consagrado círio conjuran el espanto  
Ni calman del prescito tan hórrida inquietud.

¡Hijo de Caín: yo aparto mis ojos por no verte  
Convulso entro las garras sangrientas de Luzbel,  
Y veré cual recoge el Angel de la Muerte  
Las últimas sonrisas de una boca de Abel!

¡Que escucha el escojido, qué mira, qué presente  
Al romperse la liga del barro mundanal,  
Cuando dulce sonríe su labio balbuciente,  
Cuando su faz refleja un rayo celestial?

Con alas de oro y nieve de deslumbrante albura  
Su lecho cobijando, vé al Nuncio del Señor  
Que, cual amante Madre, le aduerme con ternura,  
Y al oído le desliza sus cánticos de amor:

—“Ven Alma, que cautiva, la dice, tu cadena  
Arrastras por el polvo del terrenal confín;  
El tiempo se ha cumplido de la mansión terrena,  
Y agúardate el esposo para el nupcial festín.

Del Parácleto santo, humilde mensajero  
Á sacarte he venido del valle de aflicción,  
Á llevarte en mis brazos al orbe postrimero,  
Cimiento de diamante de la celeste Sión:

Allá, donde á sus plantas el Hijo de María  
Qual polvo luminoso los astros vé brillar;  
Do en olas infinitas de luz y de armonía  
Todo un Dios es del alma el néctar y el manjar.

No cures si á tu stirpe no legas por herencia  
El fausto del orgullo, ni el oro corruptor,  
Ni ruidoso renombre que aclama con demencia  
El engañado mundo, el mundo engañador.

Tu bendecida prole mas pingüe dón alcanza;  
La Cruz del Nazareno, su amor y su humildad;  
Pues que los orbes todos, de Dios en la balanza,  
Son menos que una lágrima de ardiente caridad.

Vén, Alma, que cautiva en mísera cadena  
Te arrastras por el polvo del terrenal confín;  
El tiempo se ha cumplido de la mansión terrena,  
Y aguarda el Esposo para el nupcial festín.

¡Oh, Esposa fiel, que anhelas castísimos amores,  
Abraza ya á tu amante, carísima mitad!  
¡Paloma, que en la jaula arrullas tus dolores,  
Recobra ya en los cielos tu ansiada libertad!"

Tal dijo, y consumando el funebre misterio  
El nudo con sus dedos de rosa desató,  
Que al alma retuviera en triste cautiverio,  
Y el vuelo hácia el Empíreo con ella remontó.

---

## LA ENCINA Y LA CAÑA.

TRADUCCION DE LAFONTAINE.

La Encina vigorosa  
Dijo á la débil caña:  
“No ha sido para tí muy amorosa  
La madre Naturaleza:  
Cual enorme montaña  
Te agobia un Reyezuelo;  
Y erguida no consiente tu cabeza  
La aura que en manso vuelo  
Al charco se desliza  
Y el terso espejo de las aguas riza.

En tanto que, al Cáucaso, mi frente semejante  
Embota las saëtas ardientes de Faetón,  
Y del furor se burla de Tempestad tronante;  
Que á mí todo me es Céfiro, y á tí todo Aquilón.

Si en tierra donde abriga mi follaje,  
Á lo menos nacieras,  
Yo te guardara de violento ultraje,  
Correr tus días mas serenos vieras.  
Mas suele tu linaje,  
Pulular en las húmedas riberas  
De los reinos del viento.  
Madrastra es para tí, Madre Natura,  
Que así te entrega á su furor violento.”

“Tu compasión es bella,  
Hija de tu bondad, dice el arbusto;  
Mas no mi humilde estrella  
Te dé susto:  
Que, mas que á mí terrible  
Es para tí la tempestad acaso:  
Yo me doblo flexible,  
No fracaso:  
Me cimbro, me doblego,  
El viento me dá vueltas como un trompo,  
Caigo, y levanto luego, no me rompo.  
Tú, hasta aquí triunfante  
No has encorvado el dorso al viento fiero:  
Veamos, en fin, empero  
Mas adelante.”

En esto el hijo mas feroz embiste  
Que en la glacial entraña  
Jamás el Septentrión haya llevado:  
Ceja la humilde Caña,  
El árbol impertérrito resiste,  
Que el viento con ruido  
Empújale y resbala;  
Pero lanzando mas feroz bramido,  
Con ímpetu tan fiero impulsa el ala,  
Que el coloso ya cruje  
Y el viento se lo lleva en otro empuje.

Tal fué el destino del que, altivo y fuerte,  
Tocaba con la frente al firmamento  
Y con la planta el Reino de la muerte.  
¡Pobre orgullo mortal, burla del viento!

## A LOS CUCHUMATANES. (1)

¡Oh cielo de mi Patria!  
¡Oh caros horizontes!  
¡Oh azules altos montes:  
Oídme desde allí!  
La alma mía os saluda,  
Cumbres de la alta Sierra,  
Murallas de esa tierra  
Donde la luz yo ví!

Del Sol desfalleciente  
Á la última vislumbre,  
Vuestra elevada cumbre  
Postrer asilo dá:  
Cual débil esperanza  
Allí se desvanece:  
Ya mas y mas fallece,  
Y ya por fin se vá.

En tanto que la sombra  
No embargue el firmamento,  
Hasta el postrer momento  
En vos me extasiaré;

---

(1) ANDES: La Sierra que queda entre los territorios de Guatemala y Chiapas: prolongación de la Cordillera de los Andes, Los Cuchumatanes.



Que así como esta tarde  
De brumas despejados,  
Tan limpios y azulados  
Jamás os contemplé.

¡Cuán dulcemente triste  
Mi mente se extasía,  
Oh, cara Patria mía  
En tu áspero confín!  
¡Cual cruza el ancho espacio  
Ay Dios, que me separa  
De aquella tierra cara,  
De América el jardín!

En alas del desco,  
Por esa lontananza,  
Mi corazón se lanza  
Hasta mi pobre hogar.  
¡Oh dulce madre mía,  
Con cuanto afán te estrecho  
Contra el doliente pecho  
Que destrozó el pesar!

¡Oh, vosotros que al mundo  
Conmigo habeis venido,  
Dentro del mismo nido  
Y por el mismo amor;  
Y por el mismo seno  
Nutridos y abrigados,  
Con los mismos cuidados,  
Arrullos y calor!

¡Amables compañeros  
Á quienes la alma *Infancia*  
En su risueña estancia  
Jugando me enlazó,  
Con lazo tal de flores,  
Que ni por ser tan bello,  
Quitárnosle del cuello  
La Suerte consiguió!!

Entro en el nido amante,  
Vuelvo al materno abrigo:  
¡Oh, cuanto pecho amigo  
Yo siento palpar,  
En medio el grupo caro,  
Que en tierno estrecho nudo,  
Llorar tan solo pudo,  
Llorar y mas llorar!

---

¡Oh cielo de mi patria!  
¡Oh caros horizontes!  
¡Oh ya dormidos montes  
La noche ya os eubrió!  
Adiós, oh mis amigos,  
Dormid, dormid en calma,  
Que las brumas en la alma  
¡Ay, ay! las llevo yo.

---

## A mi hermano Manuel.

RESPONDIENDO Á UNA CANCIÓN QUE EN EL MISMO METRO  
ME DIRIGIÓ DESDE SAN SALVADOR.

¡Quién entonar pudiera,  
Acompañado al són de blanda lira,  
Endecha lastimera,  
Tan dulce como el canto en que suspira  
Mi ausente amigo amado  
Orillas de Azalguate afortunado! (1)

¡Oh tú, mi caro amigo,  
Que das tanta dulzura á tu lamento!  
Si competir contigo  
No es dable en la armonía del acento,  
En que eres tú el primero,  
Mi pecho en el sentir no es el postrero.

Tus notas imitando  
Yo exhalaré mis ayes doloridos.  
Y al Céfire mas blando  
Rogaré que los lleve á tus oídos,  
Respondiendo á tu canto  
Que desde aquí acompaño con mi llanto.

(1) Azalguate: río de San Salvador.

Cual suele la inocente  
Avecilla en la noche mas serena,  
Orillas de la fuente  
Remedar á la dulce Filomena,  
Yo tu canción remedo,  
Y es cuanto de acento esperar puedo.

Si en el *peñasco hueco*,  
De las ardientes playas de *Azalquate*,  
Responde solo el eco  
Á los suspiros de mi ardiente Vate,  
Otro eco mas sentido  
Aquí responde tras del Ande erguido.(1)

Aquí en la Chiapa ignota,  
Donde mi mente aun verte se imagina,  
Donde mana y se agota  
De *Chichimá* la fuente cristalina,(2)  
En cuya fresca fuente  
No mas de que te fuiste hundo mi frente;

Sabes cuanto yo amara  
Los risueños paisajes de Natura,  
Y cuanto me encantara  
Ora de las campiñas la verdura,  
Ora el monte sombrío,  
Ora el murmullo de dormido río.

---

(1) Ande: la sierra que queda entre los territorios de Guatemala y Chiapas: prolongación de los Andes. Los Cuchumatanes.

(2) Chichimá: nombre de un manantial de las cercanías de Comitán, territorio de Chiapas.

Ora el hondo desierto,  
De paz asilo y de beldad santuario,  
Ora el valle encubierto,  
De Flora perfumado relicario,  
Ora mansa laguna  
Que inmóvil duerme al rayo de la luna.

Mas luego que partiste,  
Para este corazón, para estos ojos,  
Ningún encanto existe:  
Del destierro los ásperos abrojos,  
Por tu mano apartados,  
Cubren de nuevo los ajenos prados.

Un día, te diré  
Que en los herbosos valles de *Tzimol*, (1)  
Recrearme intenté,  
Al trasmontarse ya el ardiente sol;  
Y en el brazo el fusil  
Seguí del río los recodos mil.

Guarnecen sus riberas  
(¿Te acuerdas?) de sabinos colosales  
Dos tortuosas hileras,  
Cuyo verdor, cubriendo los cristales,  
Serpea en la llanura  
Cual monstruosa serpiente de verdura.

Mi mente pesarosa  
No vagó en aquel bosque corpulento,

---

(1) Tzimol: un valle distante de Comitán 4 leguas al Occidente.

Ni á la queja am orosa,  
Que el pájaro en las ramas daba al viento  
Sensible fué mi oído  
Ni al del agua mansísimo ruido:

La caza despreciando  
Mi marcha á la ventura dirijía  
Por la márgen vagando,  
Y volaba mi inquieta fantasía  
Tras mi hermano tan solo.  
Errante entonce en peligroso polo.

De tu suerte la duda  
El pecho con angustia me apretaba;  
Aquella pena cruda  
Mi alma, como ahora, entonces embargaba:  
Y allá entre mí decía:  
"Bajo este árbol talvez, él estaría!"

En tanta acerba pena,  
Que á este mi triste corazón circunda,  
Solo tu dulce vena,  
Tu cara voz que de ternura inunda  
Aquesta alma oprimida,  
Préstame nuevo aliento, nueva vida.

Permita un día el Cielo  
(Solo al pensarlo el corazón me late)  
Que allá en el pátrio suelo,  
Ó siquiera en la márgen de *Azalquate*,  
Demos á un mismo viento  
Bajo un mismo palmero nuestro acento.

No tus lágrimas solas  
En silenciosa soledad vertidas,  
Irán mas á las olas  
*A sepultarse en ellas confundidas:*  
Que á la linfa del Coro (1)  
Con el mío también irá mi lloro.

---

### *Las tardes de Abril.*

Oh, qué dicha el vagar por las campiñas,  
Apagado el hirviente pensamiento,  
En dulce libertad, al fresco viento,  
Cuando toda la tierra es un pensil;  
Y alegre el inocente conejillo  
Con los truenos y lluvias tempraneras,  
Gusta salir del soto á las praderas  
En las tardes bellísimas de Abril!

Tardes de encanto y de inefable dicha,  
De verdor, de armonías y de flores,  
En que velan del Sol los resplandores,  
Las nubes con suntuoso pabellón:

En que retumba en lontananza el trueno,  
Cual voz doliente que exhaló Natura,  
Que se escucha con plácida tristura,  
Que trae algún recuerdo al corazón.

(1) Coro: uno de los mas hermosos baños de San Salvador.

Tardes en que, cual lágrimas de amores,  
Ricas gotas despréndense del cielo,  
Que refrijeran el sediento suelo,  
Que al lozano verdor dan brillantez:

Tardes ricas de vida y de belleza,  
De reclamos y trinos de las aves,  
De frescas auras y de olores suaves,  
Tardes de amor y muelle languidez.

Tardes de lluvia y sol, de luz y sombras,  
De diáfanos vapores y nublados,  
De negros nubarrones, perfilados  
De oro y azul y espléndido arrebol;

En que trasciende la regada tierra;  
De las rozas el humo al cielo sube,  
Y se vé sobre el fondo de la nube  
Caer la lluvia dorada por el sol.

Cuájanse los cafetos de jazmines,  
De escarlata el granado se salpica,  
La pasionaria de verdor tan rica  
Tiende á Flora fresquísimo dosel;

Y la columna del esbelto dátíl,  
Tapiza la *pitahaya* trepadora:  
Con lujosos florones la decora,  
Pendientes del crinado capitel.

Tiende el prado su alfombra de azucenas,  
Las auras enriquecéense de aromas,  
De tierno césped la llanura y lomas,  
La verde *chilca* de amarilla flor:



La madre tierra al fecundante arado,  
Sus campos cede ya, los mas floridos.  
Con sus lirios, de púrpura vestidos,  
Que á Cérés sacrifica el labrador.

En las rociadas copas de los árboles,  
Soñolientas las auras se adormecen,  
Á los pimpollos lánguidos remecen,  
De cuando en cuando y á compás igual;

Y si el nublado sol sus velos rasga,  
Los campos dora, la arboleda brilla,  
Y una luz temblorosa es cada hojilla  
Destilando su gota de cristal.

Y el *plátano* sus lábaros tremola,  
Sus anchos abanicos la palmera,  
Y sacude la verde cabellera  
El desmayado, lánguido saúz:

Se ostentan las pomposas *floripundias*,  
Que, cual ebúrneas campanillas penden,  
De albura ricas y de olor trascienden,  
Y el *trébol* y las *flores de la Cruz*.

Y en balsámicas ráfagas envía  
Blanda esencia mas suave que la rosa,  
Como la rubia miel, dulce y sabrosa,  
El melífluo silvestre *suquinay*;

Y el colibrí de lindos tornasoles  
De flor en flor revuela susurrando,  
Y en torno de ellas con rumor mas blando  
Mil abejas vagarosas hay.

Apíñanse en las ramas los insectos  
Que de la tierra humedecida brotan:  
Caen, vagan, se agitan, se alborotan  
En mil revuelos, con susurros mil,

Y con rudos conciertos los reptiles  
Aturden incansables los pantanos,  
La fresca lluvia saludando ufanos,  
Festejando el regreso del Abril.

Seguido de su lúgubre serrallo,  
Con marcial arrogancia y donosura,  
Trota el jóven sultán de la llanura,  
El alazán de belicoso ardor:

La grey balando por la verde falda,  
Baja en tropel al són del caramillo,  
Y el estropeado, tierno corderillo  
Bala también en brazos del pastor.

El ganado matiza el verde césped,  
Los montes atronando brama el toro:  
Su voz los ecos, cual clarín sonoro,  
De monte en monte repitiendo van;

Y enarbolando las pintadas colas,  
Saltan los becerrillos por los prados,  
Á otro balar se escuchan encerrados  
Y á las madres mugir con tierno afán.

Hincha el viento la orquesta de los *tordos*,  
Silva la codorniz, canta el *jilguero*,  
Y á las nubes saluda el *clarinero*,  
Esponjando el plumaje de turquí.

Gózate en esas flores de tan suave ambrosía:  
Gózate en nuestra Arcadía de olímpica beldad;  
Y de tu lira de oro la inmortal melodía  
Dé á sus ninfas y prados feliz celebridad.

Y pierda su ponzoña la sierpe venenosa  
Que contra tí emboscare la envidia en el vergel,  
Al caerle de tus sienes una hojita de rosa,  
Al soltarle tu labio una gota de miel.

—¡Adiós! Y no te olvides del vate que te admira,  
Que bajo el bello cielo de su primera luz,  
Alguna vez dichoso, ha de besar tu lira,  
Regada con esencia de *flores de la Cruz*.

## DOLOR Y CONSUELO.

Sí; vino ya la pálida tristeza,  
Y deshojó tu juvenil guirnalda;  
Cayó á pedazos tu mortal belleza,  
Y amor burlando te volvió la espalda.

Un pensamiento reinará en tu mente,  
Irrecusable, tétrico, tirano;  
Con férreo cetro oprimirá tu frente  
Y á sacudirlo probarás en vano.

Como sacude la infeliz gacela  
Con gran dolor y malogrado intento,  
Agudo dardo que expeler anhela,  
Prenda fatal de cazador sangriento.

Tu amor, en tanto, tu existencia olvida  
Ingrato el hombre que en amor te inflama;  
Con lentitud consumirá tu vida,  
Aislada y triste en silenciosa llama.

Llama letal de tu feroz martirio,  
De pálidos, sinestros resplandores,  
Que cual la luz de funerario cirio,  
Tan solo alumbra de la muerte horrores.

Tus largos días y tus noches largas  
Alternarán en uniforme tedio:  
Hondos suspiros, lágrimas amargas.  
Ya no darán á tu dolor remedio:

Lloro de amor: en la naciente arruga  
Solo há del mundo la insultante risa  
No el blando beso del amor la enjuga,  
Como al pensil el beso de la brisa.

Ya ver quisieras trasponer al monte  
La luz del Cielo que al dolor ofende:  
Pero, ¡cuán lento para tí, Faetonte,  
Á su palacio de cristal descende!

Tal vez porque oye tu mortal gemido,  
Creerás la noche á tu dolor mas pía,  
Ó porque rompe el lloro comprimido  
Los rudos diques que le puso el día;

Más ya las sombras de espantosa calma,  
Ó bien la luna con su faz serena,  
Mas cruel memoria evocarán en tu alma  
Del bello Adonis, corazón de hiena.

Y si del tiempo la corriente arriba  
Subes en alas de rosado ensueño,  
Gozando amores que tu labio liba  
Entre los labios de tu caro dueño,

Bajo el florido bosquecillo umbroso,  
Templo de amor donde adorada fuiste,  
De yedra y rosas y jazmín frondoso,  
Que ya tan solo en tu memoria existe:

Mas descarnada, tétrica y odiosa  
La indeclinable realidad te aguarda,  
Tirana y cruel, de tu ilusión celosa,  
Que al róseo ensueño en devorar no tarda:

Y ya á su voz abísmase el santuario,  
Cantos, flores, delicias, amorcillos,  
Y despiertas en lecho solitario  
Al triste canto de nocturnos grillos:

Y el blando lecho agitarás volviendo  
De uno á otro lado, cual si hubiese abrojos,  
La frente en áscuas y la sangre hirviendo  
Manando en llanto los ardientes ojos;

Hasta que al fin del nido se levante,  
Dejando en él á su mitad querida,  
El pajarillo que á la aurora cante,  
La pluma sacudiendo humedecida;

Mas cuando al día redimirte plugo  
De los tormentos de la noche adusta,  
Sustituyendo á tu feroz verdugo  
El férreo peto al corazón te ajusta:

Para tí el día, de esplendor cubierto,  
Es cual su hermana de luctuoso manto,  
Naturaleza, cual cadáver yerto,  
Horror derrama su divino encanto!

Y en el delirio que el dolor te inspira,  
Las turbias ondas tu pasión invoca,  
Donde la Lesbica(1) de sensible lira  
Ahogó el gemido de su dulce boca.

Ni oiré la muerte tu incesante ruego,  
Ni así así el dolor de sanguinaria garra

---

(1) SAFO, natural de Lesbos.

Saciada deja su crueldad tan luego:  
Fibra por fibra el corazón desgarrá.

Y de su presa, cual feroz arpía,  
La sangre liba y lame y saborea,  
Y en su ronco estertor y en su agonía  
Y en sus convulsas ansias se recrea.....

.....

.....

.....

¡Amor, beldad, placeres, ilusiones!  
¡Quién por tan febles rosas necio llora!  
Rosas que barren crudos aquilones,  
Que hórrido invierno sin piedad devora!

Bello pensil de encanto fementido,  
Que exhala en suave olor letal veneno,  
De hórridas sierpes encubierto nido  
Que á la incauta muger roën el seno.

¡Oh vive, sí! que la virtud amores  
Tiene también, que la traición no enluta,  
Que no pusieron áspid entre flores,  
Ni en cáliz de oro la mortal cieuta:

Y rosas tiene la divina esencia  
Y de bello veedor inmarcesible,  
Que sembradas en tu árida existencia  
Alegrarán tu corazón sensible.

Entre sus brazos la virtud te espera:  
Pondrá ella en alma vida y energía,  
En tus labios sonrisa placentera,  
Sobre tu frente rayos de alegría.

¡Oh sí, dulce muger! tiende la mano  
Al escuálido, mísero mendigo:  
El fardo haz leve al encorbado anciano.  
Dá al huérfano inocente dulce abrigo.

Amable acude al angustioso lecho  
Donde un tu hermano moribundo gime:  
Bálsamo de salud vierte en su pecho,  
Del dolor y la tumba le redime.

Busca las tierras víctimas del hado  
En que al posar dejó sangrientas huellas,  
Tú, en cuya alma también él se ha cebado,  
Tú también infeliz, llora con ellas:

Ahoga en su llanto su dolor impío  
Y libre tu alma quedará de angustias,  
Que el lloro de piedad es como el río  
Que torna Edén las soledades místicas.

Edén que brinda encantador consuelo  
Á tu alma tierna, fervorosa y casta,  
Que no de ingratitud marchita el hielo,  
Porque á sí misma la virtud se basta.

---



### Imitación de Víctor Hugo.

Apuesta niña, sin igual, graciosa,  
Amable y linda, cual cerezo en flor,  
Gentil y esbelta como palma airosa,  
Cuanto, hay! daría por lograr tu amor.

Si fuera Rey del afamado Oriente,  
Mi cetro diera, mi encantado harén,  
Mi augusto trono de marfil luciente,  
Mi regio alcázar con sus torres cien:

Mis elefantes enjaezados de oro,  
Mis flotas que hacen á la mar gemir,  
Mis cien dominios, mi oriental tesoro,  
Y aun no bastáran cuantos guarda Ofir.

Si fuera Dios, mi solio de zafiro,  
La eternidad y el néctar inmortal,  
Soles y mundos en eterno giro,  
La luz, la gloria, el coro angelical;

Y el negro infierno que á mis plantas brama,  
Y las delicias del celeste Edén,  
Y en rayo ardiente que mi vista inflama,  
Y el resplandor de mi divina sién.

Pero he nacido Vate, sin ventura,  
Y solo tengo laud de Trovador:  
Héla á tus piés, bellísima criatura,  
*Amable y linda, cual cerezo en flor.*

**A MI GALLO.**

¡Oh canta, canta al fúlgido lucero,  
Joya del alba y de la noche orgullo,  
Tú, de mi humilde hogar canoro huésped,  
De la mañana y del lucero nuncio!

¡Oh canta, sí, que en mi febril desvelo  
Esucho con placer tu acento agudo,  
Yo que, cual triste y moribunda lámpara,  
En mísera dolencia me consumo!

El mústio sueño de la muerte imagen,  
Reina entre sombras de espantoso luto,  
Y apenas alentar la vida siéntese,  
Entre vagos y débiles murmullos;

Y son entonces tus sonoros ecos  
Prenda de vida para el triste mundo:  
Voz de consuelo, y de esperanza cántico  
En el silencio pavoroso y mústio.

Tal vez á esta hora en la vecina sierra,  
Bajo glacial escarcha, vagabundo,  
Oyó el viagero tu lejano canto,  
Y aliento cobra y esperanza y júbilo:

Que así te esucha, como vió el piloto  
En borrascoso mar el faro lúcido,  
Porque tu voz, albergue hospitalario  
Revélale del valle en lo profundo,

Antes que en los abismos de la noche  
Perciba en lontananza un leve punto,  
Que brilla y palidece por instantes,  
Y es de la choza el fuego moribundo:

Muy antes que ladrando se despierte,  
De sus pisadas al rumor confuso,  
El mastín que tendido en los umbrales,  
Guárdalos fiel de forzador injusto.

Tu acento en la alta noche redoblando,  
Porfiado evocas de su caos profundo  
Á la tardía perezosa estrella  
Que duerme aún bajo el Oriente turbio:

¡Oh, yo en mi lecho, desvelado enfermo,  
Con qué placer tus cánticos escucho,  
Cuando me anuncian á la amable aurora,  
Viniendo en pos de su lucero fúlgido:

Y la hora en que los astros desvanécese  
Á la mitad de su brillante curso,  
En que á bullir la rumorosa vida  
De nuevo empieza sobre la haz del mundo;

En que á la ruina pavorosa y lóbrega  
Vá á sepultarse el agorero buho,  
Y en mi febril cerebro el sueño apaga  
Este abrasante delirar nocturno!

¡Oh ave del alba, mi canoro huésped,  
Yo en mis flébiles versos te saludo!  
¡Salve, oh cantor amigo, que diviertes  
Mi eterna noche y mi dolor adusto!

Canta, y el aura tus acentos lleve  
Del ancho valle á los confines últimos,  
Y ella me traiga los lejanos cantos  
Que á tu acento responden de uno en uno,

Cual centinelas de sitiado campo,  
Que vijilando el reforzado muro,  
Con ronca voz en el espacio enlazan  
De trecho en trecho sus alertas rudos.

¡Oh canta, canta, y de placeres llena  
Tu vida corra sin pavor ni susto,  
Gentil, galante, enamorado y fino,  
Señor de tus serrallos absoluto;

La frente de adalid erguiendo altivo,  
Armada en guerra con crestón purpúreo;  
Á placer desplegando la ancha gola  
De caballero paladín al uso;

Luciendo ufano, con marcial donaire,  
El tornasol plumaje verde-oscuro  
De la profusa cauda en que campean  
Las corbas plumas con alfanjes turcos:

Que por caso feliz hubiste dueño  
En cuya alma jamás albergue tuvo  
El bajo y vil y sanguinario instinto  
Que abrigan de su raza los verdugos.

No temas, no, que en duro cantiverio  
Te encadene jamás á poste rudo,  
Ni que infamante hierro te degrade  
De soberbio sultán á vil ennuco;

Ni que armas preste á tu índole guerrera  
Para sangrienta lid contra los tuyos;  
Ni que el circo teñir tu sangre mire,  
Entre algazara soez, villano vulgo.

¡Oh canta, canta, entre la amiga copa  
Del ancho *amate* ó del *pirú* vetusto,  
Que en dulce unión sus ramos entrelazan,  
Y sombra dan á nuestro albergue rústico!

Canta feliz la magestuosa noche  
En su estrellado pabellón cerúleo;  
Su láctea vía de menudo aljófar,  
Del carro de Jehová celeste surco,

Su trise luna, descendiendo lánguida  
Detrás del monte silencioso y mústio,  
Apagando entre sombras melancólicas  
El macilento rayo moribundo,

Como en las sombras de la muerte apaga  
De la belleza los reflejos últimos,  
Virgen que en flor desfalleciendo inclina  
La frente pálida y los ojos turbios.

¡Oh canta, canta á la tardía estrella.  
Joya del alba y de la noche orgullo.  
Y en mas sonoros y argentinos cánticos  
Saluda luego al matinal crepúsculo!

Y canta, en fin, á la jovial mañana.  
Cuando renazca en el Oriente rúbio,  
Y el céfiro liviano al cielo eleve  
El *hosanna* magnífico del mundo.

---

# INDICE.

	PAGINAS.
Juan Dieguez.....	3
La Garza.....	7
El Pino seco y el Quiebracajete.....	15
Á una Mosqueta.....	19
Pensamiento de una tarde.....	23
El Cólera.....	24
La Sonrisa.....	28
El Cisne.....	30
Con un Jazmín.....	33
El Arroyo.....	35
Á la memoria de Cabrera.....	40
La Magia de Amor.....	43
La muerte de un niño.....	47
La Noche.....	49
El Amante de la Naturaleza.....	56
La muerte del Justo.....	63
La encina y la caña.....	66
Á los Cuchumatanes.....	68
Á mi hermano Manuel.....	71
Las Tardes de Abril.....	75
Los Ojos.....	80
Al Señor Don J. M.....	82
Dolor y Consuelo.....	86
Imitación de Víctor Hugo.....	91
Á mi Gallo.....	92



